

REPERTORIO DE LOS BUFOS MADRILEÑOS.

UN MUERTO DE BUEN HUMOR,

CUENTO DEL SIGLO PASADO,

REJUVENECIDO POR

ADOLFO LLANOS Y ALCARÁZ,

CON MÚSICA DEL

MAESTRO ROGEL.

MADRID:

EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

OFICINAS: PEZ, 40, 2.º

1867.

THE HISTORY OF THE

REIGN OF

CHARLES

UN MUERTO DE BUEN HUMOR.



Digitized by the Internet Archive
in 2013

REPERTORIO DE LOS BUFOS MADRILEÑOS.

UN MUERTO [DE BUEN HUMOR,

CUENTO DEL SIGLO PASADO,

REJUVENECIDO POR

ADOLFO LLANOS Y ALCARÁZ,

CON MÚSICA DEL

MAESTRO ROGEL.

Representado por primera vez en Madrid, en el teatro de los Bufos Madrileños (Variedades), el día 21 de Abril de 1867.

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1867.

PERSONAJES.

ACTORES.

CECILIA.....	SRAS. LABORDA.
DOÑA FACUNDA.....	SAMPELAYO.
DON AMBROSIO.....	SRES. ARDERIUS (D. Franc.)
DON PEDRO.....	CUBERO (D. Alejand.)
UN MAYORDOMO.....	VALLADARES.
UN FONDISTA.....	GIMENEZ.
UN SACRISTAN.....	ARVERAS.
UN INSPECTOR DE PO- LICIA.....	ARDERIUS (D. Fed.)
UN ESCRIBANO. } (No ha- UN MÉDICO.... } blan.).	
Criados, mozas y mozos de la fonda.	

La acción es en Madrid.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los Sres. Gullon é Hidalgo, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala lujosamente amueblada. Puertas laterales y en el fondo. Dos sillones, un confidente y un piano.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA FACUNDA, D. AMBROSIO con bata.

AMB. (Sentado en un sillón consultando su reloj.)
Debe haber llegado ya;
son las cinco menos cuarto,
y á las ocho viene el tren
de Zaragoza.

FAC. Es extraño
que no parezca.

AMB. Quizá
el tren se habrá retrasado,
pero lo que es su venida
es indudable; muy claro
nos lo anunció desde anoche
este parte telegráfico:

(Saca un papel y lee.)

«Hoy saldré para Madrid.
»Suyo afectísimo, Paco.»

FAC. Que vayan á la estación,
y pregunten.

AMB. Bien pensado.

(Llama.) Andrés!

(Aparece en la puerta del fondo el Mayordomo.)

(Al Mayordomo.) Dile á Telesforo

que se llegue en cuatro saltos

á preguntar si ha venido

el tren del Mediterráneo;

es decir, el de Aragon:

ya sabes á quién aguardo.

(Váse el mayordomo.)

De buena gana yo iria...

pero estoy tan constipado

que no me atrevo á salir.

ESCENA II.

DOÑA FACUNDA, D. AMBROSIO, CECILIA, por la derecha.

FAC. (Saliendo al encuentro de Cecilia y abrazándola.)

Miren qué adorno tan majo

se ha puesto la niña!

AMB. (Abrazando á Cecilia.) Pues;

no pudiera reservarlo

para mejor ocasion.

(Acariciándola.) Picarilla! ¿qué apostamos

á que el novio se enamora

de estos ojuelos?

FAC. Es claro,

son del color de los míos.

AMB. (Mirando á Facunda y Cecilia.)

No; si los tuyos son pardos...

FAC. Qué han de ser!

AMB. No cabe duda.

FAC. Yo tengo los ojos garzos,

así, con unas caidas

como si fueran melados.

¿Es posible que lo ignores,

á los veintisiete años

de un matrimonio feliz

(Por la hija.) y origen de un tierno vástago?

AMB. Como nos vemos de cerca

sin duda no me hice el cargo,

porque uno apenas se fija

en los objetos cercanos.

CECILIA . (Con humildad.) Papá, ¿cuándo viene el novio?

AMB. Hola! ¿nos impacientamos?

CECILIA . Si viera usted con qué miedo estoy...

AMB. ¿Por qué?

CECILIA . Por el chasco que va á darme si es un hombre de carácter antipático, ó que tenga muchas barbas ó que me parezca raro... si se le hubiese ocurrido mandarnos algun retrato...

AMB. No debe ser chico feo; su padre ha sido muy guapo, y ademas amigo mio; en fin, cuando yo he tratado este matrimonio á ciegas, es porque tengo un olfato que nunca me engaña. Tú serás feliz.

CECILIA . Es tan malo casarse sin conocerse...

AMB. No, niña; muy al contrario; cuando dos no se conocen, llevan los ojos vendados y se acomodan al yugo con mas paciencia que un santo. Así casa la mitad del mundo, y así casamos. (Á Facunda)
(Ap. á Cecilia.) Si yo hubiese conocido á tu madre, no me caso.

CECILIA . Bueno; ya estoy resignada: me casaré; pero ¿cuándo nos echan la bendicion?

AMB. ¿Qué tal? pues si no ha llegado el novio!

CECILIA . (Bajando los ojos.) Yo lo decia por salir pronto del paso.

ESCENA III.

DICHOS, MAYORDOMO.

MAYORD. (Con alegría y precipitación.)

Señor! señor!

AMB. ¿Qué sucede?

MAYORD. Señor, que mucho me engaño
ó está en casa el señorito.

FAC. ¿Cómo?

AMB. ¿Sí?

MAYORD. Desde el descanso
he visto entrar un sujeto
seguido de dos criados
con equipajes.

AMB. (Con alegría.) ¡Él es!

MAYORD. Aquí está. (Asomándose á la puerta.)

(Todos se lanzan á la puerta. El Mayordomo se retira, y durante parte de la escena siguiente se ocupa en descargar en la pieza inmediata á vista del público, el equipaje que traen dos criados, retirándose despues.)

ESCENA IV.

FACUNDA, AMBROSIO, CECILIA, D. PEDRO.

Aparece en la puerta Pedro en traje de viaje, manifestando gran confusion. Sin darle tiempo para hablar se lanza á él D. Ambrosio y le abraza repetidas veces. De sus brazos lo pasa á los de Facunda, y Cecilia se dispone á recibirle en los suyos, pero Don Ambrosio lo impide poniéndose por en medio. Pedro recibe estas muestras de cariño manifestándose aturdido y pesaroso.

AMB. ¡Querido Paco!

FAC. ¡Hijo del alma!

PEDRO. (Confundido.) Señor...

AMB. ¿Qué señor, ni qué ocho cuartos?
yo soy tu segundo padre
y nada mas. (Á Cecilia.) Buen muchacho
¿eh?

- CECILIA. (Con rubor, á su padre.)
Me parece muy bien.
- AMB. (Á Pedro, por Cecilia.)
Paquito, ya la has flechado.
- FAC. (Á Pedro, presentándole á Cecilia.)
Es linda como una rosa;
no esperabas este hallazgo.
Los ojuelos de su madre!
- PEDRO. (¡Qué apuro! ¿cómo les hablo?...)
- AMB. ¿Pero qué tienes?
- PEDRO. No es nada.
- AMB. Chico, si te pones pálido!...
- FAC. Será acaso la emocion...
- PEDRO. Sí: la emocion... el cansancio...
(¿Quién les dice de repente?...)
- AMB. Sentémonos.
- PEDRO. ¡Yo me abraso!)
(Ambrosio hace sentar á Pedro en el confidente, se coloca á su lado, y Cecilia y Facunda se sientan en los sillones rodeando á Pedro. Este, manifestando siempre embarazo é inquietud, trata muchas veces de levantarse durante la conversacion y Ambrosio se lo impide.)
- FAC. ¿Quieres té?
- PEDRO. No: muchas gracias.
- AMB. ¿Una tacita de caldo?
- PEDRO. Nada; nada. (Me asesinan sus inocentes halagos!)
- AMB. ¡Si vieras con qué impaciencia te estabamos esperando!
Este dia es el mas bello de mi vida!
- PEDRO. (¡Desdichados!)
- AMB. Mas ¿cómo vienes tan tarde?
- FAC. ¿Ha ocurrido algun fracaso en el camino?
- CECILIA. ¿Algun choque?
- AMB. ¿El tren ha descarrilado?
- PEDRO. Sí... descarriló...
- FAC. (Con interés.) ¿Te hiciste alguna herida?
- PEDRO. No.

- AMB. (Con terror.) ¿Cuántos
han muerto?
- PEDRO. ¿Morir?... ninguno.
- AMB. Menos mal.
- PEDRO. (Estoy sudando.)
- AMB. Con que dime; ¿cómo queda
tu padre, mi buen Mariano,
mi mejor amigo?
- PEDRO. Está...
como siempre.
- AMB. ¿Tan gallardo?
¿tan firme?
- PEDRO. Sí, sí; tan firme.
- AMB. ¿Con aquellos bigotazos?...
- PEDRO. Sí, sí.
- AMB. Nos hemos querido
lo mismo que dos hermanos,
sin tener ni una disputa.
Juro por lo mas sagrado,
que si no tuviera el gozo
de ver al fin de mis años
unidas ambas familias
con indisoluble lazo,
moriria de dolor.
- PEDRO. (¡Dios me valga!)
- AMB. Y mis encargos
¿se echaron en saco roto?
- PEDRO. No, señor.
- AMB. ¿Se te ha olvidado
alguna cosa?
- PEDRO. No.
- AMB. Trae
las llaves, voy á sacarlo
yo mismo.
(Pedro le da unas llaves y Ambrosio se levanta y va
en busca de los baules, que se ven en el fondo.)
¿En este baul?
- PEDRO. (Maquinalmente.)
Sí, señor.
- AMB. (Abre el baul y vuelve al proscenio para decir á
Pedro:)
- Dispensa, Paco,

que no saliera á aguardarte,
pero tengo un constipado
muy fuerte.

PEDRO. Está usted cumplido.

(Vuelve Ambrosio adonde estan los baules y registra en ellos.)

CECILIA. (Ap. a Facunda.)

Mamá, cuando nos casamos?

FAC. (Ap. a Cecilia.)

Calla, niña. Ensenala
la petaca y los cigarros.

(Levantase Cecilia, abre el cajon de una mesa y vuelve con una petaca.)

FAC. (a Pedro.) Has de saber que Cecilia
también te guarda un regalo.

Mira: petaca de plata
con estuche, hasta el tabaco
lo ha comprado de sus fondos.

PEDRO. (Triste de mí! Como salgo
de este conflicto?) Mil gracias.

AMB. (Viniendo al proscenio con dos estuches en la
mano.)

Buen gusto tienes, muchacho:

(a Facunda.)

mira, mira qué aderezo.

FAC. Hermoso!

CECILIA. Divino!

AMB. Y caro,

porque estos brillantes son
muy grandes. Tampoco es grano
de anis esta gargantilla
con guardapelo. (a Pedro.) Ah, taimado!...
y la inicial de la novia
con la tuya!... Vaya un gasto
que habras tenido que hacer.

(Vuelve á registrar en los baules.)

FAC. (a Pedro.) También ésta te ha bordado
dos pares de zapatillas.

(Vuelve Cecilia a la mesa y busca en el cajon.)

Ahora verás; yo no alabo
sus obras, mas todos dicen
que tiene muy buenas manos.

AMB. (Viniendo al proscenio con una cuchara en la mano y un paquete grande.)

Por fin pareció lo mío,
dulces recuerdos de antaño!
(Á Pedro.) Mira, con esta cuchara
comimos juntos el rancho
tu padre y yo ¡pásmate!
el día cinco de Marzo,
cuando atacó Cabañero
á Zaragoza. Formábamos
en la plaza del Pilar,
y allá, hácia las tres y cuarto,
sentimos... pero otro día
te lo contaré despacio.

(Vuelve á los baules. Cecilia vuelve con las zapatillas.)

FAC. (Á Pedro.) Mira, mira, son preciosas;
y no es esto solo, Paco,
tiene mil habilidades,
y sirve para un fregado
igual que para un barrido:
sabe hacer flores de trapo,
gorros, muñecas de cera,
toca muy bien el piano
y canta como un jilguero.

AMB. (Volviendo al proscenio.)
Chiquillo, lo que es el canto
te ha de gustar. (Á Cecilia.) Picarueta,
¿por qué no cantas un rato?

CECILIA. (Yendo al piano y buscando papeles de música.)
¿El nocturno? ¿la obertura?
¿la marcha del Belisario?

FAC. No, que cante *El Ruiseñor*.

PEDRO. (Qué tormento! Y es el caso
que me entusiasma la niña!)

AMB. Ahora verás, ¡tiene un garbo!

(Ambrosio se sienta al piano, y Facunda, al lado de Pedro, escucha con la mayor satisfaccion, interrogándole con la vista triunfante y llevando el compás de la habanera.)

MUSICA.

CECILIA. Conozco un pajarito
que viene á mi balcon,
y pica en los cristales
para que salga yo.
Huye cuando me acerco,
vuelve cuando me voy,
y canta por la noche
para que le oiga yo.
¿Quién sabe si el pajarito
será una ofrenda de amor,
que algun pecho enamorado
dirige á mi corazon?
¿Quién sabe lo que me dice?
por saberlo diera yo
las niñitas de mis ojos,
de mis labios el color.

(Todos aplauden al final y los padres manifiestan gran alegría.)

HABLADO.

AMB. (Á Pedro.) Eh! ¿qué tal?

PEDRO.

Bravo!

FAC.

¿Te agrada?

es un granito de oro.

AMB.

¿Qué te parece? (Vuelve á los baules.)

PEDRO.

¡Un tesoro!

(Con desesperacion.)

(¡Oh, suerte desventurada!

estoy dentro de un eden

y paso la pena negra!

porque hasta la misma suegra

me está pareciendo bien!)

FAC.

Pues no fué al Conservatorio

mas que dos años; y oí

mil veces decir allí:

«esta niña es un emporio

»de genio; que vaya á Roma;

»el arte así se lo pide!»

Y se empeñó Gaztambide,

Barbieri, Santa Coloma...
En fin, á instancias de Oudrid
cantó delante de Mario,
y dijo, «que era un canario
de los bosques de Madrid.»

PEDRO. Con justicia lo decia.

AMB. (Viniendo al proscenio.)
Eres un novio cabal:
chico! traes un capital
en oro y en pedreria!

PEDRO. Guárdelo usted.

AMB. (Admirado.) ¿Que lo guarde?

PEDRO. Sí señor.

AMB. ¿Tambien la ropa?

PEDRO. Todo.

(Mira Facunda su reloj, tira de la campanilla y aparece el Mayordomo.)

FAC. (Al Mayordomo.) Que pongan la sopa:
son mas de las cinco.

AMB. (Á Pedro.) ¿Es tarde
para tí?

PEDRO. No... (Y en verdad
que es hora de estar allí.)
(Con embarazo.) Han dado las cinco?

AMB. Sí.

Ya tendrás necesidad?...

PEDRO. No; pero tengo que hacer
un asunto interesante...

(Toma su sombrero y Ambrosio le detiene; acuden Cecilia y Facunda.)

AMB. ¡Chico! ¿y tomas el portante
cuando vamos á comer?

FAC. ¡Pero yerno! ¿en qué pais
vivimos?

PEDRO. (Muy confuso.) Voy de contado...
por un cajon... olvidado
en la fonda de Paris.

AMB. Enviarás al Mayordomo...

PEDRO. Es un asunto de honor.

AMB. (Asombrado.) Eh? ¿qué dices?

PEDRO. Sí, señor.

(¿Y cómo les digo?... ¿cómo?)

AMB. ¿De honor?

FAC. (Asustada.) Explicate...

AMB. Dime...

PEDRO. (Á Ambrosio, viéndose apurado por todos.)

Solos. (Me veo en un brete.)

AMB. (Tratando de disimular su zozobra, dice á Facunda y Cecilia.)

Llevalle á su gabinete
el equipaje.

(Facunda y Cecilia quieren resistirse, pero Ambrosio las hace callar y las empuja hasta la habitacion donde estan los baules, cerrando la puerta.)

PEDRO. (Se oprime

mi corazon... no discurre
mi mente... ¡estoy divertido!
vamos; yo nunca he servido
para estas cosas.)

(Vuelve Ambrosio manifestando la mayor ansiedad, y apenas llega al lado de Pedro, se abre una de las puertas laterales y aparecen las cabezas de Facunda y Cecilia, que permanecen escuchando.)

AMB. ¿Qué ocurre?

(Pedro coge de la mano á Ambrosio, reflexiona un momento y dice con tono trágico.)

PEDRO. De mi destino en la red
preso estoy, mal que me cuadre.

AMB. Habla; aquí tienes un padre.

PEDRO. Seré franco con usted.

(Pausa.)

Cuando empeña un caballero
su fé de persona honrada,
¿puede dejarla manchada?

AMB. El honor es lo primero.

PEDRO. Pues bien: yo llegué á Madrid
á las ocho, y en la fonda
me entró una fiebre tan honda,
que á las once me morí.

(Ambrosio, estupefacto, da un salto atrás. Pedro continúa impassible.)

Acá he venido en un brinco,
mas juré al enterrador
bajo palabra de honor,

ir á enterrarme á las cinco.

(Aterrado Ambrosio, retrocede otro paso y retira la mano que quiere estrecharle Pedro. Este continúa en el mismo tono.)

Adios, y por mi alma ruegue

si á mis dolores se afilia:

recuerdos á la familia:

ya escribiré cuando llegue.

(Váase, dejando inmóvil á Ambrosio.)

ESCENA V.

AMBROSIO, FACUNDA, CECILIA.

Facunda y Cecilia salen y se acercan á Ambrosio. Este, despues de los primeros versos, cambiando de repente la expresion de su fisionomia, da una gran carcajada y se deja caer en una butaca riendo con todas sus fuerzas.

AMB. ¿Si será cierto?... ¡Qué horror!
¡qué atrocidad! ¡imposible!
¡este caso no es factible!...
Estará de buen humor.

FAC. (Con ansiedad.)
¿Qué ha dicho, Ambrosio, qué ha dicho?

AMB. ¡Já, já, já, já! toma, toma!
¡la más hechicera broma!
¡el más singular capricho!
¡Andrés! (Aparece el Mayordomo.)
Alcanza á mi yerno
y dile que venga. ¡Ah, tuno!
(Á Facunda.) no me ha dado hombre ninguno
chasco tan grande. ¡Y qué tierno
y qué formal!
(Al Mayordomo.) Ha salido
á la fonda de Paris.
Enfrente; tras de San Luis.

MAYORD. Sí, señor.

AMB. Que el apellido
no olvides.

MAYORD. Ya sé.

AMB. Se llama

don Francisco Retamoso. (Váse el Mayordomo.)
(Á Cecilia.) Chica, tienes un esposo
con buena sombra.

CECILIA. (Orgullosa.) Y me ama,
porque se lo conocí
desde que entró.

FAC. (Á Ambrosio, con impaciencia.) Pero dime
lo que te ha dicho.

AMB. ¡Sublime!
¡cuándo me ha parado á mí!...

FAC. ¿Pero qué?...

AMB. Con tono grave
y rostro de penitente,
acercóse tristemente
y me dijo: «Usted ya sabe
»lo que es el honor: pues bien;
»á las ocho entré en Madrí,
»á las once me morí,
»y solo ustedes me ven,
»bajo palabra de honor,
»de estar á las cinco en punto
»enterrado: soy difunto:
»me espera el enterrador.»
Y se fué.

FAC. (Riendo.) ¡Linda humorada!
no pienso ver otra cosa!

AMB. Es una broma chistosa,
y no la juzgo pesada.

CECILIA. Á mí me gusta un marido
que divierta á su mujer.

AMB. Pues Dios te ha venido á ver
con uno muy divertido.

ESCENA VI.

DICHOS, MAYORDOMO.

Entra el Mayordomo asustado y vacilando sin acertar apenas á
explicarse.

MAYORD. Señor!... señor!...

AMB. ¿Qué te pasa?

- ¿por qué tiemblas? vamos; dí!
- MAYORD. Señor... á la fonda fuí...
- AMB. (Impaciente.)
Y bien...
- MAYORD. En toda la casa
pregunté... y me contestaron...
que hoy... á las ocho llegó...
y á las once se murió...
y á las cinco lo enterraron!
- FAC. (Sorprendida.)
¡Cómo!
- AMB. (Riendo) ¡Já, já! el muy tunante
ha tomado sus medidas.
- FAC. Pues si juega estas partidas,
en una alarma constante
nos tendrá.
- MAYORD. Con unos modos
me lo dijeron...
- AMB. (Tratando de convencerle y riendo.) ¿ACASO
no le has visto?
- MAYORD. Le ví al paso...
como le hemos visto todos.
Mas si usted viera, señor,
con qué fé me lo decían!...
- AMB. (Riendo.) Pues es claro! lo fingian
para engañarte mejor.
- MAYORD. En fin, en esto no yerro;
para que á todo responda,
traigo al amo de la fonda
que volvia del entierro
al tiempo que yo llegué.
- AMB. ¿Y está aquí?
- MAYORD. Me espera abajo.
- AMB. Que suba. (Sale el Mayordomo.)
(Á Facunda.) Si está en el ajo
con él me divertiré.
-

ESCENA VII.

AMBROSIO, FACUNDA, CECILIA, el FONDISTA.

MÚSICA.

- FOND. (Saludando con respeto.)
Buenas tardes; siento mucho
decir á usted la verdad,
pero es ciérto que aquel jóven
en el otro mundo está.
- AMBROSIO, FACUNDA y CECILIA.
(Mirándose, mirando al Fondista y riendo.)
¡Já, já! ¡Já, já!
(Entre ellos.)
Este tonto se figura
que venimos de un lugar.
¡Já, já! ¡Já, já!
- FOND. (Admirado.)
Pues me gusta el sentimiento!
vaya un modo de llorar!
- AMBROSIO, FACUNDA y CECILIA.
¡Já, já! ¡Já, já!
- FOND. Se llamaba don Francisco
Retamoso del Pulgar.
- AMBROSIO, FACUNDA y CECILIA.
¡Já, já! ¡Já, já!
- FOND. Pues el lance mueve á risa,
yo no he visto cosa igual!
- AMBROSIO, FACUNDA y CECILIA.
¡Já, já! ¡Já, já!

HABLADO.

- AMB. Bien, bien; todas las bromas
su término han tenido;
yo aplaudo que mi yerno
la lleve á lo infinito,
pero de parte miã
dígame usted que exijo.

- su vuelta, porque el caldo se está quedando frio.
- FOND. (Con seriedad.)
No es broma, caballero;
ni hubiérame atrevido
á usar chanza ninguna
en lance tan fatídico.
- AMB. ¿Tambien usted las gasta?
(Á Facunda.)
¡Waya un par de mocitos!
- FOND. (Ofendido.) Rechazo esa sospecha,
yo soy bastante digno
para que no se niegue
mi aserto.
- AMB. Señor mio,
¿tengo cara de tonto,
ó soy algun chiquillo
que ve volar los burros
porque otro se lo ha dieho?
- FOND. (Insistiendo.)
Le digo á usted...
- AMB. ¡Si el muerto
ha estado aquí, conmigo,
hace un rato!
- FOND. (Admirado.) Sin duda
no está usted en su juicio
cuando eso afirma.
- AMB. (Exasperado.) ¡Cómo!
(Á Facunda.)
¡Esto es atroz! ¡inicuo!
- FOND. (Amostazado.)
Señor, yo soy un hombre
de treinta años y pico;
mi fonda es conocida,
mi crédito es antiguo,
y cuando seriamente
alguna cosa afirmo,
no hay nadie que lo dude
en todo este distrito.
Ni á mí me importa un bledo
que usted tenga un amigo,
ni se me da un ardite

de que haya fallecido,
ni de que usted le viera
cuando aún estaba vivo;
pero si es el que tuvo
por nombre don Francisco
Retamoso y Pulgar,
que esta mañana vino
á hospedarse en mi casa,
declaro y ratifico,
pues todos lo presenciaron,
que hoy á las ocho llegó,
á las once se murió,
y á las cinco lo enterraron.

AMB.

(Perdiendo la calma.)
Ó á usted se le figura
que yo soy algun chino,
ó quiere que la broma
le salga á los hocicos.
No hay duda imaginable
en lo que aquí hemos visto
(Por todos.) con estos propios ojos,
con estos ojos mismos,
nosotros, los criados,
y acaso los vecinos.

(Van subiendo de tono y acercándose hasta quedar
cara con cara.)

FOND.

(Con firmeza.) Dirá usted lo que quiera,
mas yo lo mismo digo.

AMB.

Y yo vuelvo á afirmarlo.

FOND.

Y vuelvo á repetirlo.

AMB.

Yo tengo aquí personas...

FOND.

Y yo tengo testigos...

AMB.

Pero hombre! ¿usted se burla?

FOND.

Pero hombre! ¿soy yo un mico?

(Despues de una breve pausa en la que quedan mi-
rándose fieramente y casi tocándose con las narices,
vuelven á disputar con mas calor. Facunda y Cecilia
se interponen y los separan hasta que sale el Fon-
dista.)

AMB.

Pues ya que usted no quiere
cejar en su camino,
presénteme sus pruebas!

FOND. Vendrán aquí conmigo!
AMB. Y yo tendré las mias!
FOND. Muy bien: pero le aviso...
AMB. Está usted en mi casa
y aquí no se alza el grito!
FOND. Usted me hace un insulto!
AMB. No tenga usted cinismo!
FOND. ¡Me quejaré al gobierno!
AMB. ¡Daré parte á un ministro!
FOND. ¡Irá usted á la cárcel!
AMB. ¡Irá usted á presidio!

ESCENA VIII.

AMBROSIO, FACUNDA, CECILIA, despues MAYORDOMO.

AMB. ¡Qué infamia!
FAC. ¡Qué osadia!
Ese hombre es algun pillo
que trata de reirse
á nuestra costa.

AMB. ¿Has visto
qué descarado? (Llama.) Andrés!
(Aparece el Mayordomo.)
Que busquen ahora mismo
al Inspector; que venga;
que yo se lo suplico. (Sale Andrés.)
(Á Facunda.) Ya verá ese fondista
lo que es jugar conmigo.
(Sentándose.) Uff! qué empeño! qué lucha!
¿demonio de Paquito?
la broma ya traspasa
los límites debidos.

FAC. Él vendrá.

AMB. Pero puede
venir á fin de siglo,
despues que á ese tunante
le rompa yo el bautismo.

CECILIA. Así, con esta gracia
me gustan los maridos.

FAC. ¡Qué broma tan chistosa!
AMB. Pues mira, no me rio;

porque hasta cierto punto...

MAYORD. (Entrando.) Señor, pide permiso
para hablar con usted,
un sacristan.

AMB. (Admirado.) ¿Connigo?
no sé... dile que pase.
(Retírase el Mayordomo, y aparece el Sacristan en la
puerta.)

SAC. (Descubriéndose.) Salud.

AMB. (Levantándose.) Muy señor mio.

ESCENA IX.

AMBROSIO, CECILIA, FACUNDA, el SACRISTAN.

SAC. (Entrando, con gran cachaza.)

Yo de esta parroquia
soy el sacristan:
me pide el Fondista
que venga á afirmar
la muerte de un jóven
que seis horas ha
murió, y que hace poco
he visto enterrar
en el cementerio
de la parroquial.

AMB. (Con sorna.) Tambien con usted contaron?

SAC. (Con gravedad.) Hoy á las ocho llegó,
á las once se murió
y á las cinco lo enterraron.

AMB. (Con sorna.) Pero hombre, ¿usted piensa
que soy un gañan?
¿Así de los hábitos
se atreve á abusar
para convencerme?
Ni usted es sacristan,
ni supo en su vida
lo que es repicar.

SAC. (Con la misma calma.)
Señor, yo no miento;
y de esta señal
no debe dudarse.

- (Se vuelve y muestra los hábitos. Ambrosio se santigua horrorizado.)
- AMB. ¡Qué barbaridad!
(Cecilia y Facunda se santiguan.)
- SAC. (Imperturbable.)
En fin, en la iglesia
apuntado está
entre los difuntos,
con la hora y lugar
que el fondista dice.
- AMB. (Con sorna.) Mi yerno; ¿verdad?
- SAC. Eso no me consta,
pero sí que el tal
llamóse Francisco...
no sé qué... y Pulgar.
- AMB. (Admirado.) Jesus! esta gente
es lo mas audaz
que he hallado en mi vida:
(Á Facunda.) Nadie vió jamás
una desvergüenza
tan fenomenal!

ESCENA X.

DICHOS, FONDISTA, MOZOS y MOZAS de la fonda.

- FOND. (Á Ambrosio mostrándole los mozos.)
Aquí los testigos
presentes estan;
que digan si es cierto
lo que dije ya.

MUSICA.

- MOZOS y MOZAS. Sí, señor; sí, señor.
- FOND. (Á los mozos, que rodean á Ambrosio.)
Es verdad que ese sujeto
de Zaragoza llegó
y á las ocho fué á hospedarse
en mi casa?
- MOZOS. (Á Ambrosio.) Sí, señor.

FOND. ¿Es verdad que de una fiebre
á las once se murió,
y que esta tarde á las cinco
lo enterraron?

MOZOS. (Cada vez mas fuerte.) Sí, señor.
FOND. ¿Y es verdad que el caballero
á quien todo esto pasó
se llamaba don Francisco
Retamoso?

MOZOS. Sí, señor.
(Salen Cecilia y Facunda. El Fondista se vuelve satisfecho hácia Ambrosio y este mueve la cabeza en señal de incredulidad.)

ESCENA XI.

DICHOS, UN MÉDICO, UN ESCRIBANO.

Cecilia y Facunda sacan el equipaje de Pedro y vuelven á desaparecer.

FOND. (Á Ambrosio.) Aquí está el médico
que le asistió.

MOZOS. Sí, señor.

FOND. Y el escribano
que fé prestó.

MOZOS. Sí, señor.

TODOS. (Estrechando á D. Ambrosio y atronándole.)

Sí, señor.

Sí, señor.

¡Sí, señor!

ESCENA XII.

DICHOS, CECILIA, FACUNDA y criados de la casa. Despues
el MAYORDOMO y el INSPECTOR..

HABLADO:

FAC. Basta de broma, señores;
sean ustedes circunspectos:
(Mostrando los baules.)

yo juzgo que estos efectos
son los testigos mejores.

De la persona en cuestion
el equipaje he guardado...

AMB. (Adelantándose.) Él mismo nos lo ha dejado:
(Enseñándolos al Fondista, Escribano y Sacristan.)
mire usted; sus cofres son:
(Lee.) «Don Francisco Retamoso.»
El nombre en todas las cajas;
(Abriendo un baul.) y aquí tengo sus allajas,
que son un dato precioso.
(Sacando papeles.) Sus documentos, lo mismo;
en toda formalidad:
cédula de vecindad,
y hasta la fé de bautismo!

MAYORD. (Entrando seguido del Inspector.)
Aquí viene el Inspector.

INSP. (Saludando á D. Ambrosio.)
Don Ambrosio...

AMB. (Correspondiéndole.) Don Ventura...

INSP. Me han dicho que con premura
viniera...

AMB. (Con energia.) Sí; sí, señor.

INSP. ¿De qué se trata?

AMB. Esta gente
me está faltando al respeto:
se empeñan en que un sujeto
del cual voy á ser pariente,
está muerto y enterrado,
siendo así que, hace un instante,
le hemos tenido delante
y esa broma nos ha dado.
Sólo de mi yerno admito
el chiste, aunque ya traspasa
lo justo, pero en mi casa
no aguanto que alcen el grito
ni me hagan hacer el oso
quienes, sabiendo lo cierto,
insisten en que es el muerto
don Francisco Retamoso.
De Zaragoza llegó
y vino á verme hace un rato,

¡y aún me hacen el desacato
de afirmar que se murió!

(Al Fondista, etc.) ¡Cuadrilla de enredadores!
(Todos quieren lanzarse sobre él y el Inspector les
detiene. Ambrosio concluye con exasperacion.)

(Al Inspector.) ¡Me han insultado! Yo quiero
meter en el Saladero
á todos estos señores.

INSP. Amigo, en esta ocasion
va usted mal encaminado,
pues yo mismo he presenciado
la muerte, y la inhumacion.

AMB. (Perplejo y dudoso.) ¿De Francisco Retamoso
y Pulgar!

INSP. Exactamente:
á todo estuve presente.

AMB. (Aterrado.) ¡Este es un plan tenebroso!
entre todos lo fraguaron...)

(Al Inspector, con la expresion del mayor asombro.)

INSP. y Coro. Hoy á las ocho llegó,
á las once se murió
y á las cinco le enterraron.

AMB. ¡Pero hombre! ¡tambien usted
está en el complot? ¡Me abismo!

INSP. (Ofendido) ¿Cómo es eso?

AMB. ¡Qué cinismo!

Esto es tenderme una red
para que me vuelva loco:
¡mentir una autoridad!

INSP. (Irritado.) Yo no faltó á la verdad!
y si tiene usted en poco
mi palabra y mi baston,
aunque castigarle sienta,
con todo mi sentimiento
va usted á la prevencion.

AMB. (Lleno de terror.) (Ó tra tan de asesinarme,
ó mi yerno es una fiera
que quiere que yo me muera.)
¿Si será por heredarme?

FAC. Aunque estemos ofuscados,
respecto de esa persona,
su presencia bien se abona;

que lo digan mis criados.

(Señalando á ellos, que hacen señal de que es cierto.)

AMB. Ellos le vieron llegar;
ellos le vieron salir.

INSP. (Señalando á su vez á los mozos de la fonda.)
Y estos le han visto morir,
y estos le han visto enterrar.

AMB. (Cogiendo de un brazo al Inspector y haciéndole ver el nombre de los baules.)
Pero señor, y este dato?

INSP. (Cogiendo á su vez á Ambrosio y llevándole junto al Fondista.)
¿Y este?

AMB. (Volviendo á traer al Inspector y sacando del baul una alhaja)
¿Y el que aquí se vé?

INSP. (Cogiendo á Ambrosio y llevándole frente al Escribano.)
¿Y este amigo que dió fé?

AMB. (Volviendo á traerlo y sacando del baul varios papeles.)
Yo sus palabras acato,
pero estos ¿son desvarios?

INSP. (Llevándosele frente al médico.)
¿Y es despreciable esta seña?

AMB. (Trayendo al Inspector frente á Facunda y Cecilia.)
Y esto, ¿es paja?

INSP. (Llevándole frente al Sacristan.)
Y esto, ¿es leña?

AMB. (Cargado.) ¿Y mis ojos?

INSP. ¿Y los míos?

(Ambrosio se deja caer fatigado en un sillón, y en el mismo momento hacen lo propio Facunda y Cecilia.)

AMB. ¡Qué lucha tan infernal!
¿es un caso inconcebible!

CECILIA. ¡Y yo que soy tan sensible!

FAC. ¡Á mí me va á dar un mal!

ESCENA XIII.

DICHOS, PEDRO.

Aparece en la puerta, y el Mayordomo lo ve primero que nadie. Á su exclamacion, todos retroceden instintivamente, pero al examinar á Pedro se reponen.

MUSICA.

MAYORD. ¡Aquí está el muerto!

TODOS. (Retrocediendo.)

¡Horror! ¡Horror!

PEDRO.

No estoy difunto
gracias á Dios,
pero este lance
á aclarar voy,
para que cese
tanta cuestion.

Yo me llamo don Pedro
Fernandez y Alcalá;
de Zaragoza vine
con el señor Pulgar,
y al punto en el camino
trabamos amistad:
de todos sus negocios
me dió cuenta cabal,
y supe el casamiento
que convenido está.

TODOS.

Es natural. Es natural.

PEDRO.

Llegamos, y murióse
con tal velocidad,
que yo, de la justicia
temiendo algun desman,
cargué con su equipaje
y aquí vine á parar
con ánimo resuelto
de decir la verdad;
pero al verme entre ustedes
(Á Ambrosio.)
tuve miedo de hablar.

TODOS. Es natural. Es natural.
PEDRO. Sus ardientes halagos
paralizaban más
mi lengua, y al mirarme
en caso tan fatal,
dejé aquí los baules
del infeliz Pulgar,
y me marché á su entierro
diciendo la verdad;
pero de modo que
pudiera yo escapar .
TODOS. Es natural. Es natural.
MOZOS, ETC. Por fin averiguamos
del lance la verdad:
(Á Ambrosio.)
razon usted tenia
y todos á la par.

HABLADO.

FAC. (Rompiendo á llorar.)
¿Conque ha muerto el pobrecito?
CECILIA. (Llorando).
¡Y yo no me caso ya!
AMB. (Llorando.)
Qué le diré á su papá!
yo voy á poner el grito
en el cielo!
PEDRO. (Á Ambrosio.)
Estoy aquí
para lo que usted me mande.
AMB. (Llorando y serenándose á la vez.)
Sí, señor... pero es lo grande
que yo no le conocí...
y que usted simpatizó
con todos los de la casa...
en fin, lo que á mí me pasa
á nadie le aconteció:
usted ya me ve llorando;
pues aunque así me lamento,
no doy con el sentimiento

por mas que lo estoy buscando.

CECILIA . ¡Papá! yo quiero casarme.

AMB . ¿Con el muerto?

CECILIA . (Ruborizándose.) Con el vivo.

AMB . (Á Pedro.)

La chica está de recibo:

¿se opone usted á heredarme?

PEDRO . (Confuso.)

Yo, señor, con mil amores;

pero nunca tuve renta...

AMB . Ya correrá de mi cuenta

(Al público.)

si aplauden estos señores.

MUSICA.

CECILIA . (Adelantándose.)

Por fin huyó
la sombra del pesar,
que amenazó
mi cariñoso afán.

Jamás pensé
hallar la dicha así;
feliz seré

(Por Pedro.)
haciéndole feliz.

El que murió
fuera quizá
de gran valor,
pero el vivo vale más.

CORO . Pero el vivo vale más.

FIN.

Examinada esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 4 de Abril de 1867.

El censor de teatros:

NARCISO S. SERRA.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Abacete.
Alcalá de Henares.
Alcoy.
Algeciras.
Alicante.
Almagro.
Almeida.
Andújar.
Antequera.
Aranjuez.
Avila.
Bilbao.
Burgos.
Calatayud.
Canarias.
Cantabria.
Castellón.
Castellón de la Plana.
Cataluña.
Córdoba.
Cuenca.
Ciudad Real.
Ciudad Rodrigo.
Extremadura.
Guadalajara.
Guadalupe.
Guadarrama.
Guatemala.
Huesca.
Jaén.
Játiva.
Jerez.
Las Palmas (Canarias).
León.
Lleida.
Lugo.
Madrid.
Magroño.
Malaga.

S. Ruiz.
 Z. Bermejo.
 J. Martí.
 R. Muro.
 Viuda de Ibarra.
 A. Vicente Perez.
 M. Alvarez.
 D. Caracuel.
 J. A. de Palma.
 D. Santisteban.
 S. Lopez.
 M. Roman Alvarez.
 F. Coronado.
 J. R. Segura.
 G. Corrales.
 A. Saavedra, Viuda de
 Bartumens y I Cerdá.
 P. Lopez Coron.
 T. Astuy.
 T. Arnaiz y A. Hervias.
 B. Montoya.
 J. Valiente.
 V. Morillas y Compañia.
 F. Molina.
 F. Maria Poggi, de Santa
 Cruz de Tenerife.
 J. M. Eguiluz.
 E. Torres.
 J. Pedreño.
 J. M. de Soto.
 L. Ocharán.
 M. Garcia de la Torre.
 P. Acosta.
 M. Muñoz, F. Lozano y
 M Garcia Lovera.
 J. Lago.
 P. Mariana.
 J. Giuli.
 N. Taxonera,
 Viuda de Bosch.
 F. Dorca.
 Crespo y Cruz.
 J. M. Fuensalida y J. M.
 Zamora.
 R. Oñana.
 Charlain y Fernandez.
 P Quintana.
 J. V. Osorno:
 M. Guillen.
 R. Martinez.
 J. Perez Fluixá.
 F. Alvarez y Compañia,
 de Sevilla.
 J. Urquia.
 Minon Hermano.
 J. Sol é hijo.
 R. Carrasco.
 P. Brieba.
 A. Gomez.

Lucena.
Lugo.
Máhon.
Málaga.
Manila (Filipinas).
Mataró.
Mondónedo.
Montilla.
Murcia.
Ocaña.
Orense.
Orihuela.
Osuna.
Oviedo.
Palencia.
Palma de Mallorca.
Pamplona.
Pontevedra.
Priego (Cordoba.)
Puerto de Sta. Maria.
Puerto-Rico.
Requena.
Reus.
Rioseco.
Ronda.
Salamanca.
San Fernando.
S. Ildefonso (La Granja)
Sanlúcar.
San Sebastian.
S. Lorenzo. (Escorial.)
Santander.
Santiago.
Segovia.
Sevilla.
Soria.
Talavera de la Reina.
Tarazona de Aragon.
Tarragona.
Teruel.
Toledo.
Toro.
Trujillo.
Tudela.
Tuy.
Ubeda.
Valencia.
Valladolid.
Vich.
Vigo.
Villanueva y Celtrú.
Vitoria.
Zafra.
Zamora.
Zaragoza.

J. B. Cabeza.
 Viuda de Pujol.
 P. Vinent.
 J. G. Taboadela y F. de
 Moya.
 A. Olona.
 N. Clavell.
 Viuda de Delgado.
 D, Santolalla.
 T. Guerra y Herederos
 de Andrion.
 V. Calvillo.
 J. Ramon Perez.
 J. Martinez Alvarez.
 V. Montero.
 J. Martinez.
 Hijos de Gutierrez.
 P. J. Gelabert.
 J. Rios Barrera.
 J. Buceta Solla y Comp.
 J. de la Gámara.
 J. Valderrama.
 J. Mestre, de Mayagüez.
 C. Garcia.
 J. Prius.
 M. Prádanos.
 Viuda de Gutierrez,
 R. Huebra.
 R. Martinez.
 R. J. Serna.
 I. de Oña.
 A. Garralda.
 S. Herrero.
 C. Medina y F. Hernandez.
 B. Escribano.
 L. M. Salcedo.
 F. Alvarez y Comp.
 F. Perez Rioja.
 A. Sanchez de Castro.
 P. Veraton.
 V. Font.
 T. Baquedano.
 F. Hernandez.
 A. Rodriguez Tejedor.
 A. Herranz.
 M. Izalzu.
 M. Martinez de la Cruz.
 T. Perez.
 I. Garcia, F Navarro y J.
 Moriana y Sanz.
 D. Jover y H. de Rodrigz
 J. Soler.
 M. Fernandez Dios.
 L. Creus.
 S. Hidalgo y A. Juan.
 A. Oguet.
 V. Fuertes.
 L. Ducassi, J. Comin y
 Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Carmen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.

PROVINCIAS



Faint text at the bottom of the page, possibly a title or subtitle, including the words 'COMISION DE PROTECCION'.